EL SALON DE ORIENTE.

Abrióse, en fin, *el Salon de Oriente*; este hermoso parentesis entre la guerra civil, y los empréstitos forzosos; entre la falta de pagas y los debates parlamentarios, entre el palacio y el Espíritu Santo, entre la aristocracia y la democracia, entre la edad pasada y las futuras edades, entre la miseria y la opulencia, entre los antiguos amores y los amores nuevos, entre las harturas de navidad y las abstinencias de la cuaresma, entre los desengaños de 1836 y las esperanzas de 1837.....

Abrióse, en fin, absorviendo en su bullicioso seno la política, los triunfos militares, los reveses parlamentarios, los discursos periodísticos, las felitaciones, la oposicion, los planes de campaña, los presupuestos, las pretensiones, las relaciones, en fin, las enemistades y desvarios de un pueblo grande, en cuya marcha tienen fija la vista los demas pueblos, y que en este momento se entrega apaciblemente á las gratas combinaciones de la *mazzourka*....!

Justo es pues que dando al tiempo lo que es suyo sigamos el impulso general y abandonemos tambien por un momento los modestos objetos á que ordinariamente damos lugar en nuestro Semanario, para tratar del ídolo del dia; que olvidemos las ciencias y la literatura por la máscara y el dominó, las narraciones históricas por el ruido de las músicas y la danza, y los monumentos de la antigüedad por el moderno Salon oriental.

Nuestras fuerzas, sin embargo, nos abandonan cuando queremos penetrar en aquel complicado laberinto, y pretendemos traducir las páginas de un libro que á medida que la edad va emblanqueciendo nuestros cabellos, se nos hace menos inteligible y espresivo. Colocados en medio del Salon veíamos indiferentes y con aire de estupidez el rápido movimiento, los encontrados giros de moros y valencianas, de beatas y dominós, de arlequines y capuchones.—Para nosotros todos aquellos encuentros eran *casuales*, todas aquellas separaciones *imprevistas*. Semejantes al que mira jugar sin entender el juego, parecíanos á veces que tal jugador debia *triunfar* cuando *renunciaba*, que tal otro debia *pasar* cuando tenia un *estuche*. Aplaudíamos sin oportunidad, reíamos fuera de tiempo, y dabamos la vuelta por el Salon para abrogarnos el aspecto de antigüos conocidos, y el Salon nos respondia con la mas profunda indiferencia. De aquí vinimos á sacar una gran verdad; y es que el año de 1837 no era el de 1830, que nuestra época habia pasado, que otra generacion nos habia sucedido, y que tranquilamente y sin apercibirlo nos hallabamos ya colocados entre los desperdicios de la clásica antigüedad.

Resignados con nuestra suerte íbamos á retirarnos sin osar penetrar en los árcanos de aquel interesante cuadro, cuando quiso la fortuna depararnos el mas oportuno instrumento para dibujar hasta una forma microscópica todos los detalles y matices de aquella escena, un completo diccionario de aquellas simbólicas páginas; una brújula, en fin, segura para navegar con acierto en aquel agitado mar.

Consistia pues nuestro feliz encuentro en una de esas muchachas chiquitas, *estereotípicas* y de *faldriquera*, que se reproducen en todas partes y á todas horas como una edicion completa *á millejemplares*; que en invierno solemos hallar en el prado tomando el sol y en verano to-

mando la luna; que en febrero engañan con máscara de alegria y en marzo con máscara de devocion; que en abril asisten á las tinieblas y en mayo á la pradera de San Isidro á ver salir el sol; que en junio pasean la carrera del corpus y en julio la de la plaza de los toros; que en agosto se bañan en todos los establecimientos posibles, y en setiembre ya están puestas en feria en la calle de Alcalá; que en octubre miran los cuadros de la Academia, y en noviembre los epitafios del campo santo, que en diciembre frecuentan los dulces de la plaza y en enero los patines del Retiro, y que en *todos* los meses, en *todos* los dias, en *todas* las noches, llenan *todas* las calles, *todas* las tiendas, *todas* las iglesias, *todas* las tertulias, *todas* las procesiones, *todos* los circos, *todas* las romerías, *todos los teatros*, *todas* las misas de tropa, *todos* los entierros, *todas* las revistas, *todas* las entradas triunfales y *todas* las asonadas; desde la puerta de Toledo hasta el jardin de Apolo; desde la Plaza de Toros á la casa de Campo; muchachas en fin polipos, azogadas, inánicas, verdaderos *Kaleidescopios* multiformes, reproducciones fantásticas, y resolucion práctica del problema del movimiento contínuo.

Esta muchacha, viva, corretona y sulfúrica, era como si dijéramos una segunda edicion corregida y aumentada de cierta mamá verde, en plena posesion de sus treinta y ocho carnavales y de sus veinte y cuatro rs. de Monte pio, y viuda con quien yo habia simpatizado bastante en mis años juveniles.

El lector me perdonará si me veo precisado á hacer aquí esta ligera revelacion, pues no puedo de otro modo esplicar la franqueza con que la niña atravesando el Salon, vino flechada á encontrarme á uno de sus ángulos, donde á guisa de estátua de rinconera, me hallaba entretenido con mis pensamientos, falto de mejor ocupacion.

—¿Qué hace V. ahí? (me dijo mi amable interlocutora con una voz que penetró en mis oidos, como un recuerdo de mis alegres años, cual un viento de primavera en una tarde canicular.)—¿Qué tengo de hacer? respondí procurando poetizar un si es no es mi discurso; estaba contando las luces del Salon, pero en este momento echo de ver que habia errado la cuenta, pues no habia visto las dos que ahora me iluminan.—Bah! bah! lindo retruécano! gusto clásico! por esas señas si V. trata de darnos la estadística del Salon, escribirá que tiene *cuatro mil pies* si es que son dos mil los concurrentes.

Un si es no es me desconcertó la respuesta por la parte que ridiculizaba mi concepto, pero no pude menos de confesar que tenia razon, y se la dí, y el brazo para conducirme hasta el otro estremo del Salon, donde á la sazon se hallaba la viuda madre verificando por lo que pude sospechar, la conversion de un Sarraceno á su creencia.

En peor ocasion no podríamos llegar á la presencia maternal.—Esta voz *mamá* dirigida por una muchacha de quince años á una vestal delante de un moro adorador de su *cándida inocencia*, era una verdadera interpelacion exótica, grosera, y como lo son las mas de las interpelaciones; por otro lado mi presencia al lado de la hija, venia á ser un discurso entero de oposicion; era un drama completo, unas *memorias autógrafas* en cuatro tomos.—La sacerdotisa de Vesta se encontró, pues, tan desconcertada como un Ministro tribunizado, ó como un jugador de manos á quien hayan acertado la trampa; pero acordándose luego de sus treinta y ocho, nos dijo con entera seguridad:—"Tu mamá ha cambiado de trage conmigo; yo la he dado mi pasiega y ella me ha dado su vestal."

Y hétenos aquí lector carísimo buscando un zagalejo amarillo por aquellos salones, corredores y escaleras, y preguntando á todos por una pasiega que primero habia sido vestal.

Pero en vano; todas las vestales se ofendian de que las tomásemos por pasiegas, y ninguna pasiega estaba tampoco conforme en parecernos vestal.

Durante esta larga travesía que para mi volátil parej no fue sino un breve episodio, vino á revelarse en mi la accion *principal* de aquella noche. Y sino temiera abusar de la paciencia de mis lectores, dariales cuenta de las observaciones critico-filosóficas, que la inteligencia de aquella me proporcionaba; expondríales *d'aprés nature* todas las escenas antes mudas á mis ojos y ahora tan espresivas y significantes, auxiliado por el natural instinto de mi compañera. Ella reia, burlaba, preguntaba, respondia, observaba y hacia en fin lo mismo que en ocasiones semejantes solia yo hacer algunos años antes; mi imaginacion iba colgada de mi brazo; mi cabeza descansaba en la mas profunda inaccion; el Príncipe, Solís, Trastamara, San Bernardino, Abrantes, Santa Catalina, todos los sitios fecundos en sucesos que para mi venian á ser ya otros tantos acusadores de mis años, otras tantas guias atrasadas, otros tantos laureles marchitos, reproducíanse á mi vista con todos sus encantos y frescura; placíame en recorrer con aquel misterioso talisman, el magnífico Salon, y vivificado con su fuego veia renovado en mí aquel sentimiento bullicioso maligno y juvenil que algunas horas antes creia estinguido para siempre; ya no me parecia el baile monotono, confuso y desacordado; ya no hallaba á la concurrencia fatigada, displicente y distraida; todo en mi imaginacion habia recibido un nuevo sentimiento; la agitacion y el movimiento eran entonces condiciones de mi existencia; el ruido y el contínuo roce, el resplandor de las luces, los vapores de la atmósfera obraban fuertemente en mis sentidos; necesitaba ya como antiguamente correr del Salon á la fonda, de los tocadores á las piezas de descanso, de la tribuna á la Sala de jugar, y aquel contínuo vagar, por transitos y escaleras, y preguntar á todos y no responder á ninguno, y respetar los misteriosos coloquios de los angulos de las Salas, y evitar las banquetas donde tienen su asiento las mamás *inamovibles* y *solidas*, y embrollar al paso alguna pareja dichosa, y servirde punto de conciliacion de las nueva intrigas en agraz.

No se como esplicarlo; pero aquella muchacha habia cambiado mi existencia, habia hecho retroceder mi edad. Ya no habia para mí Oriente, ni observaciones, ni 1837—habia únicamente amor, máscaras y 1830.

A imitacion de mi cabeza mis piernas tambien se hallaban aligeradas, y luego ¿quién no vuela con el auxilio de un serafin? No hubo mas, sino que al ruido de la música vínome á la memoria el olvidado compás, y creyéndome el genio de aquella Silfide, improvisé desde luego una *galope* instintiva, espontánea, aérea que.... mas ¡oh dolor! mis pies entumecidos largos años se rehusan al movimiento.... mi pareja sigue la figura en los móviles brazos de un barbudo galan y.... ¡ay de mi! que es esto....? las luces.... se apagan las luces.... la gente desaparece.... el ruido se convierte en silencio.... y.... se abre una puerta.... alguien me toca—¿eres tu divina criatura?... que es esto ¿quién me mueve?....—*Siñur.... las ochu en puntu*....—Ah, maldito gallego!—

¡Desapareció la ilusion! Todo se esplica.—El Salon era mi alcoba; el que entraba á llamarme mi gallego; el baile un sueño, y mi amable pareja, aérea, incorpórea, impalpable.... era en fin, mi imaginacion que no quiere aun renunciar á la juventud.

EL CARNAVAL EN ROMA.

Una de las épocas mas importantes en Roma es el Carnaval; y seguramente no producía en otro tiempo un movimiento igual la eleccion de nuevos cónsules. Este es el tiempo de los bailes y los festines; todas las clases, edades y condiciones toman parte; pero estas bacanales no duran mas que una semana. La Campana del Capitolio y el cañon del castillo de Sant Angelo dan la señal, á la que infaliblemente corresponde toda la poblacion. La policia no permite se deje ver máscara alguna antes de esta señal. No se precipita con tal violencia el mar cuando se levantan los diques de un puerto recien construido, como la multitud de Roma en la calle del *Corso*. Repentinamente se ve inundada esta hermosísima calle, que va desde la puerta del *popolo* hasta la plaza *Colomna*, de carruages y comparsas brillantes, y de curiosos que se dan encontrones en medio de los caballos; las aceras, convertidas en anfiteatros, ofrecen á los espectadores mas tranquilos un refugio contra la barahunda; pero no por eso quedan menos espuestos á las invectivas de las máscaras y á las lluvias de *confetti* (grajea) que se dispara por todas partes. Se ven carruages llenos de mujeres y niños, asi como otros en que se representan diferentes escenas cómicas. En unos se ve el remedo de lo interior de una familia, cuyos actores son un gato y un perro; en otros un usurero que presta, y mas allá aquellos que han tomado de él á interes caminando al hospital. Lo que mas llama la atencion es la propiedad y perfeccion de las máscaras. Y no se crea que los romanos se limitan á alusiones vagas, sino que estas travesuras encierran toda la sátira personal de las antiguas Attelanes y la *Mandragora* de Maquiavelo. Los que se disfrazan de locos van vestidos con una camisa blanca y gorro del mismo color, y se les conoce á distancia por sus contorsiones extáticas y sus gritos desaforados, sitiando á todos con grajea de yeso que tiran con toda su fuerza.

Los mezquinos disfraces de otras capitales de Europa no pueden hacer formar la mas leve idea de los de Roma, porque alli se ve á la locura en todo su esplendor y brillantez, pues las personas mas opulentas y distinguidas sueltan la rienda por Carnaval á todo su lujo y magnificencia. Caballos engalanados con preciosos jaeces, tiran de elegantes calesas, conduciendo en ellas diferentes cuadrillas que figuran ingeniosas escenas de la mitologia ó la historia. Mas alla se representan pantomimas en lo que sobresalen los romanos, y tras de Cesar subiendo al Capitolio, se vé al heroe Manchego en compañía de su fiel Sancho, y de Sileno rodeado de un coro de beodos. Aqui un májico disputa con una decidora de buena ventura sobre quien de los dos sabe leer mejor en el libro de lo futuro y anunciar su suerte á los papanatas. Alli se observa á una condesa vieja dando oidos á las rancias insulseces del marques de Tulipano, al paso que unos enfermos atraviesan en hombros de sus criadas. Pero lo mas encantador en estas diversiones es la música deliciosa que se interpola con la trisca de las máscaras, interrumpida por las carcajadas que escita la multitud de disfraces grotescos. Enanos con cabezas de jigante, hombres engalanados con enormes pelucas, cada uno de cuyos jirones son otros tantos reservatorios de agua que dejan calados á los que se les acercan, y en medio de aquella trápala mujeres hermosísimas con los disfraces mas pintorescos. ¡Cuan bien cae el vestido de paisana de Frascati á aquellas romanas tan bellas, y tan naturalmente graciosas!

La temperatura es ya muy benigna por lo comun en Roma en tiempo de Carnaval, lo que contribuye infinito á embellecer el sitio en que principalmente se reunen las máscaras. La calle del *Corso* tiene nada menos que una milla de lonjitud. Guarnecida por ambos lados de una fila de palacios, parece mas bien que calle una magnífica galería á cielo abierto, cuyo pavimento estuviese enarenado. Llegada la noche, se retira cada uno hecha la señal, y prosigue entregado á la diversion en los palacios y casas particulares y aun hasta en los domicilios de la miseria, y los teatros resuenan con las aclamaciones de aquel pueblo dichoso por su imprevision, y bastante infeliz porque no tiene memoria.

Tenian en otro tiempo los papas una costumbre muy singular: el martes de Carnaval se ejecutaba todos los años la sentencia de muerte de un criminal, espectáculo á que concurria el pueblo en medio de todo el entusiasmo de su regozijo, sin interrumpir el curso de este. ¿Sería esta costumbre un refinamiento de barbárie, ó solamente una leccion que se daba á la plebe tan propensa á entregarse á los escesos ¿como quiera que fuese, ofrecia un terrible contraste la vista de un hombre ahorcado en medio de la algazara de una fiesta. Concluida la ejecucion volvia el papa al Corso, que atravesaba de un extremo á otro pausadamente, bendiciendo á todos los que se hallaban á derecha é izquierda, y que con sus trages de arlequin, Marte, Julio Cesar y Polichinela, pedian á gritos la bendicion apostólica.

EL PUENTE DEL DIABLO.

Desfiladero de Schollen.—Descripcion de Teufelsbruck.—Tradicion suiza.—Cuadro sombrio.—Camibo repentino.—El valle de Ursen.

El puente del diablo es una de las curiosidades de la Suiza que merecen fijar mas la atencion.

Para llegar á él hay que atravesar el famoso desfiladero de Schollen, garganta espantosa y helada, á la que apenas pueden penetrar los rayos del sol para alumbrar aquel paso suspendido sobre un torrente, en el que y con dificultad pueden ir dos hombres de frente. En aquel punto es donde se encarga á los viageros que guarden el mayor silencio, y en donde se llenan de heno las campanillas de las bestias de carga y ganados, para evitar que conmovido el aire con su bibracion no produzca una de aquellas caidas de témpanos de nieve helados, cuyos estragos atestiguan tristemente las cruces erijidas á orillas del camino.

Despues de dos horas de un camino tan penoso como espuesto se divisa, en fin, el Teufelsbruck ó puente del diablo bajo el cual se precipita el Reuss bramando desde una elevacion de casi 300 pies.

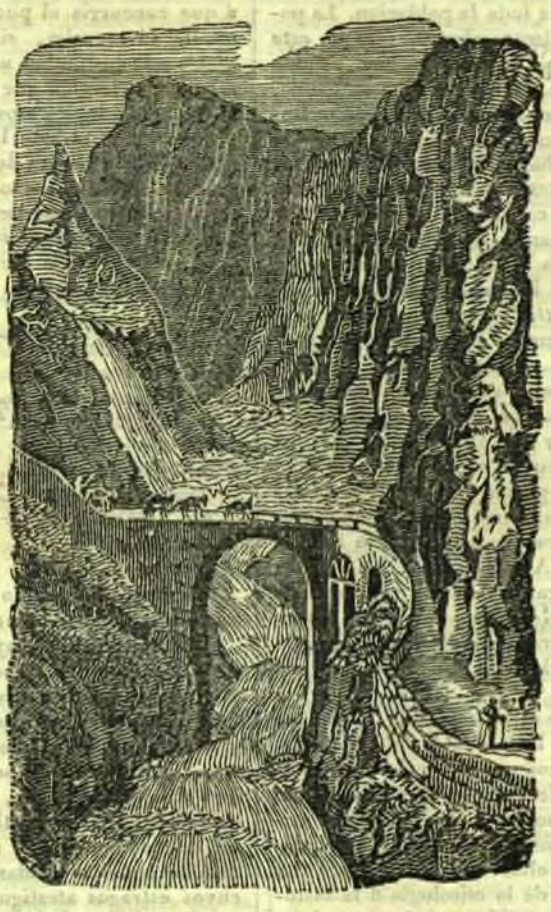
El puente sin el parapeto tiene quince pies de ancho, y está formado de un solo arco de setenta y cinco pies de diámetro. Este arco que estriva sobre rocas salidizas se compone de piedras toscas, y lo triste de su aspecto armoniza completamente con lo horroroso del sitio. No es posible concebir como pudo plantarse el armazon y la cimbra indispensables para la construccion de aquel puente.

Por esta razon los suizos, que le reputan como obra superior á las fuerzas humanas, no han hallado otro espediente mejor que atribuirlo al Diablo.

"Mucho....mucho....muchísimo tiempo hace, (dicen ellos) que los moradores de estos valles quisieron echar un puente sobre este abismo, y todas sus tentativas les salian infructuosas. Desesperados ya iban á renunciar para siempre á su proyecto cuando el demonio, siempre en acecho para cuanto puede contribuir á ensanchar su imperio, prometió poner manos á la obra con tal que se le asegurase la posesion de la primera criatura que pasase por el puente. Se otorgó el contrato y quedó la obra con-

cluida; pero los suizos mas arteros que el diablo mismo hicieron que les precediese un perro. Furioso el enemigo del linage humano de verse asi engañado quiso lanzar un enorme peñasco contra el puente y sepultarlo bajo su mole; pero aparecio repentinamente un santo que le mandó abandonase en el momento mismo aquellos sitios.»

En cuanto al origen verdadero del Teufelsbruck ó puente del diablo debemos decir que los historiadores opinan que su maravillosa construccion se debe al arquitecto Teufel, que significa diablo. Era del Canton de Lucerna, y su descendencia que aun existe lleva el mismo apellido.



Pero, á pesar de lo atrevido de su arco, no es el puente el que por sí mismo horroriza tanto, cuanto el conjunto de todo el aspecto del sitio. Aquellos negros peñascos, los árboles desarraigados, los bramidos atronadores del Reuss, el impetuoso viento que sopla desde el centro del abismo en que se estrella y rompe, el húmedo vapor que cubre y cala al que pasa, el recuerdo de los sangrientos combates de que fueron teatro aquellos sitios, escita una tristeza á que no es posible resistir. En vano la imaginacion lucha contra tales escenas de debastacion y trastorno. Se siente uno oprimido con el peso de tantos escombros: se camina, se avanza y siempre entre ruinas y mas ruinas.

Cuando se llega á Teufelsberg, ó monte del diablo se entra en la bóveda subterránea abierta allí, llamada l' Urnerloch, y no bien se ha atravesado aquella galería de 200 pies de longitud y 12 de altura, cuando se encuentra uno como por encanto en el risueño valle de Ursen. Se cree que es un sueño aquel delicioso cuadro en seguida de escenas tan horribles como las que atras se dejan. El mas deslumbrante verdor viste todos los objetos; el Reuss corre allí entre flores, viene á ser aquel paisage la calma tras las borrascas, y la vida y la felicidad despues de la desolacion y la muerte.

LOS AMANTES DE TERUEL.

Apuntes historicos.

La historia de los amores y desgraciado fin de *D. Diego de Marcilla* y *Doña Isabel de Segura*, es tan popular en España como lo es en Italia la de Julieta y Romeo, y en Francia la de Heloisa y Abelardo.

El erudito D. Isidoro Antillon, natural de Teruel y discreto investigador de sus archivos, publicó en 1806 un folleto bajo el título de *Noticias históricas* sobre *los amantes de Teruel*, en el cual insertó los documentos que cierta ó falsamente tratan en esta interesante histo-

ria, acompañándolos de observaciones críticas acerca de su mayor ó menor exactitud, en las cuales se descubre una esmerada diligencia para averiguar la verdad, que por desgracia aparece en este asunto, harto dudosa aun despues de aquel esquisito trabajo. — Sin embargo, habiéndonos de atener á lo que resulta escrito, parécenos del caso el insertar aquí el principal fundamento en que parece apoyada la tradicion popular, y es el siguiente:

Historia de los amantes de Teruel, que se conservaba á principios del siglo XVII, en el Archivo de esta Ciudad, en un papel de letra muy antigua, y copió entonces el Secretario Juan Yagüe, segun él mismo testifica como Notario público. Esta copia existe ahora en el Archivo de la Iglesia Parroquial de San Pedro de Teruel, y es á la letra como sigue.

"*Historia de los amores de Diego Juan Martinez de Marcilla, é Isabel de Segura.* Año 1217: fué Juez de Teruel Domingo Celada."

"E pues decimos de males y guerras, bueno es digamos de amores. Nos feitos mas verdaderos en Teruel está el de un joven llamado Diego Juan Martinez de Marcilla, de unos veinte y dos años. Enamoróse de Isabel de Segura, hija de Pedro Segura: el padre no tenia otra, era muy rico: los jóvenes se amaban muy mucho, en tanto que vivian afanados; é dijo el joven cómo deseaba tomarla por muller, é ella respuso, ciertament el deseo de ella era aquel mateix, empero que supies que nunca lo faria sin que su padre y madre se lo mandasen; ahora él la quiso mas, é ficolo decir á su padre, su respuesta fué que ciertament él era muy bien pagado del jóven, é que venia bien; empero que él no tenia biens, non se quejase, é que su padre tenia otros fijos quien mas lo podia heredar; hasta, que no lo faria, é que él podia dar á su fija treinta mil sueldos, é que apres tenia toda su casa."

,,El joven fué bien contado, el qual dixo á la doncella, que pues su padre no le despreciaba sino por los dineros, que si ella queria esperar cinco años que él se iria á trabajar y morir en las guerras alegre, ya por mar, ya por tierra, hasta tener dineros; al fin ella de nuevo se lo concedió, y se ausentó el espacio de cinco años: trabajando contra los moros, ganó empleos y dinero, ya por mar, ya por tierra."

,,La doncella en este tiempo fué muy acosada del padre para que tomase marido; la respuesta de ella fué que habia votado virginidad, hasta que fues de veinte años, diciendo que las mulleres no debian casar sin que pudiesen y supiesen regir su casa. El padre como quier que la amaba quisola complacer; pero cumplidos los cinco años, el padre la dijo: *Hija, fixo es mi deseo que tomes tu compañía.* Ella viendo que el tiempo de los cinco años era pasado, y que en este tiempo nada habia sabido del enamorado, dixo que le placia obedecer á su padre, y éste la desposó con Azagra, y á poco tiempo hicieron las bodas."

,,Alegranse sus padres y deudos porque ignoran el misterio: la novia dió en estar de allí adelante melancólica y pensativa; no trataba ya de galas, sino ponerse de negro. A esta sazon entró por la sala dó Segura estaba un page con recado, y dice que á Marcilla el viejo le dan noticia de que su hijo viene con salud y muy rico, de lo que tuvieron gran regocijo. Llegó el joven Marcilla á su casa, y le dieron la noticia de haberse desposado Segura con Azagra; con todo disimuló delante de su padre porque su gozo no se enturbiara con su pena."

,,Acostóse Marcilla, mas no reposa; deja la cama, y embozado se pasó al convite ó danza del casamiento de Segura, y luego que comenzaron los acordes instrumentos salió Segura á danzar; pero Marcilla, á mas dolor movido que si viera el cuchillo á su garganta, dando rienda al furor dexa aquel sitio, y se metió dentro del aposento que estaba aparejado para el tálamo de los novios y sepulcro suyo, que como la casa andaba tan revuelta, lo pudo hacer sin que lo vieran."

,,Concluye el festin al tiempo que, aunque quisiera salir, no pudo: oye que las visitas se van, y á su aposento se recogen los novios; y queriendo Azagra usar del derecho que el matrimonio le concede, ella le ruega se abstenga de ello por aquella noche, porque ésta es sola la que le falta para cumplir al cielo un voto prometido. Azagra lo negó, pero ella insiste: niégalo segunda vez, mas le replicó, no ser justo gozar contra su gusto á ninguna muger, principalmente siendo propia, y se lo ruega con palabras alhagüeñas, vertiendo lágrimas entre risa y lloro; al fin lo convenció, y traxo á que jurase de no coger por entonces los frutos debidos del matrimonio. Acostaronse con esto entrambos juntos; él de cansado se quedó dormido por tiempo de quatro horas; ella velaba, que aunque estaba casada con Azagra, tenia en su pecho á Marcilla; y mas habiéndole dicho, estando cenando, que habia venido á cumplir una fe y un juramento; estaba fluctuando en varios pensamientos, torcedores y tormentos de su alma."

,,Marcilla en este punto muy osado y atrevido como amante, sale muy quedo detras de las cortinas, y cogiendola entrambas manos, la dijo: *está contigo un hombre de quien fuiste un tiempo esposa.* De este caso no pensado y repentino Segura se alteró, y con el espanto el cabello se le erizó: quiso dar voces, mas no pudo, porque la lengua se la quedó apegada á los paladares, cubriendole su cuerpo un sudor frio, sin poder hablar; pero pasando algun rato volvió en sí, y dixo con voz turbada. ¡*Ay*! *¿qué es aquesto?* y halló ligadas sus mano con las de un hombre, y que le dice á medio pronunciar, muy quedito y baxo. *Escuchame, Segura, no te espantes, que no es mi intento afrentar tu honor, aunque pudiera tomar justa venganza de mi injuria: solo vengo á que me digas, con que motivo, habiendote servido tantos años con un amor tan sencillo y verdadero, dexando por tu causa mis padres, mis deudos y mi patria, desterrandome á reynos extraños, sin serlo por delito exponiendo mi vida á las picas y á las lanzas, precediendo el haberme asegurado con firme juramento de no casarte sino conmigo, aguardando cinco años que aun apenas se han cumplido; ¿cómo, dí, te has casado? ¿no me pudieras, dí, aguardar mas tiempo, pues apenas tienes cumplidos quatro lustros? Desechóme tu padre por ser pobre; por pobre me desechas tú tambien, por casarte con hombre rico: pobre confieso soy, y tambien que serás tú gran señora; mas digote que imposible es que te quiera como yo te quiero, pues sabes que por ti padezco y muero. Al tiempo de mi ausencia ¿no me dixiste*, parte y cesen tus recelos, y espera de mi fe, seré constante? *¿No dirás, dí, la causa que te pudo mover á tal traycion? ¿quándo, dí, te ofendí con obras, con palabras ó con deseos? ¿quándo no te serví estando presente? y presente y ausente ¿no te quise? Toma esta daga, y de mi pecho arranca mi triste corazon, que mas es tuyo; quiero mas morir que no perderte.* Segura conoció que era Marcilla, sino en la cara y voz, en sus nobles acciones y razones verdaderas que dice, no puede negarlas aunque quiera, y se disculpa con que le vió que estaba celebrando con otra dama sus bodas (fué sospecha), y que era culpable de que viendose muy rico, galan, mozo, bizarro y victorioso, y en sus plantas la fortuna, no procuró venir al plazo señalado, pudiendo, como pudo; precisandola á casarse zelosa y desdeñada, dexandola así olvidada por otra. Al fin el uno al otro carga la culpa, y juntos se disculpan y descargan."

,,En premio de su fe y de sus servicios, del presente dolor y bien pasado, Marcilla le pidió á Segura un

beso, con el qual estará contento. Segura le respondió como discreta: *Confiesote, Marcilla, que en el tiempo que te amaba señora era de mi y de mis acciones, padecí en igual proporcion tus penas y tormentos, y te confiesa que el amor que me ligaba pudiera solo cortarle el cuchillo de la muerte: no tuvo efecto este amor tan fino causado de un desden y de unos zelos; y pues ya me case, y de no soy mia; estoy, aunque no muerta, ya enterrada, mal te podré dar lo que es ageno: dandote lo que es de Azagra, mi señor y esposo, es hacerle agravio, y padecer lesion mi castidad.* Vuelve á importunarla hecho un volcan diferentes veces, arrancando suspiros en vez de lágrimas, que eran bastantes á mover á lástima. Segura con pecho lo resiste, como leal y casta, y así el gusto pospone á ser quien es, y no consiente faltar á su esposo aunque lo siente. ¿*No consideras, dí*, dice Marcilla, *que si no fuera yo tan cortesano tomára lo que te pido á fuerza, matando á tu esposo y mi enemigo? Pero no lo permita el santo cielo, que no lo quiero yo sino con gusto: hazme pues este bien, mira que muero, y muriendo te estimo y quiero.* Y negandolo ella, dió un suspiro, diciendo: *Bésame, que sin remedio me muero*; pero estando ella siempre firme en negarlo, la dixo: *á Dios Segura*, y no pudo ya pronunciar la *a*. Dió consigo en el suelo Marcilla, tientale Segura cara y frente, hállalo ya sin calor y que no respira; llamólo por su nombre, y no responde."

,,Quedó Segura sin habla y sin aliento; y volviendo en sí, comenzó á lamentarse, dando fieras voces sin tener á su marido, y le dice: *Esposo de fe y de lealtad, crisol y centro, ¿quién te ha quitado la vida tan repentinamente?* A las voces y llantos de Segura despierta Azagra, y estando adormecido, pregúntale á Segura: *Dí; ¿qué quieres esposa? qué ¿me llamas?* Segura por entonces disimula, y hace como que sueña y que despierta, y dice: *Soñaba, esposo, que en Cerdeña una amiga, siendo pequeña, quiso bien á un galan; no quisieron sus padres se casasen por no tener él igual hacienda; partióse á ganarlo ofreciendole la dama á su galan lo esperara cinco años sin casarse, y que zelosa, ó por otra razon, al fin la dama se casó con otro; cumplido el término vino el galan, habiendo pasado en la ausencia grandes infortunios, pudo verse con ella á solas, antes que el segundo esposo lograse el fruto del matrimonio; quejóse él del agravio, y ella de su tardanza, y lo nota de inconstante; al fin le pidió á la dama un beso en pago del amor que la ha tenido; no permite ella darlo por guardarle á su esposo la fe, de puro honrada: tres veces se lo suplica diciendole que se muere, y ella firme se la niega, diciendo, que antes quiere que su galan muera y morir ella, que faltar á la fe del matrimonio; al fin en su presencia el caballero con un suspiro que dió entregó su alma á Dios. Esta tragedia vi entre sueño quando tú oiste las voces que daba. Y, ahora dime, pues te precias de discreto, ¿si la dama pudiera darle el beso al galan sin faltar á ser quien era, ó sufrir que allí muriera?* Azagra se rió, y así la dixo: *Fué necia, impertinente y melindrosa, sobre ser muy cruel con quien la amaba, y debia aquesa dama, ya que en vida no le dió el beso al galan, en muerte darle uno y dos mil de sentimiento; aquesto siento, y este es mi parecer.* A esta respuesta se desató Segura en lágrimas y suspiros, y á Marcilla le enseña muerto, y le dice: *Yo soy la impertinente, la necia y melindrosa; pero honrada.* Azagra se quedó pasmado viendo un espectáculo tan lastimoso; los dos se hallan perplexos sin poder acertar á resolver en este lance: por un puesto temen á los deudos de Marcilla, por otro al rigor de la justicia si en su casa lo hallan muerto. Al fin se resolvieron el llevarlo y ponerlo delante de la puerta de su padre. Lo hicieron sin ser vistos, respecto de estar contigua la casa."

,,Llegó el dia, y las gentes que por allí pasaban conocieron que era el joven Marcilla, cubierto el rostro y su montante al lado. Supo su padre la lastimosa tragedia, levantóse de la cama y sale á la ventana, y vé á su hijo rodeado de amigos y deudos, llorando todos el desgraciado acaecimiento, jurando el vengar tan gran maldad. Llegó su padre, y sin poderlo estorbar, se arrojó sobre el difunto bañándole con lágrimas el rostro, y le dice: ¡*Miserable de mí!* ¿*Despues de haber sufrido tanta ausencia, y con ella á cada paso mil disgustos, me dan por consuelo tu muerte? Al punto me muera yo, pues en el mismo que cobro el bien, le pierdo en un instante. Aparéjame lugar en tu sepulcro, pues ya mi vida sin la tuya es muerte.* Y estando abrazado con él, á ambos juntos los meten en casa, y al difunto meten armado de punta en blanco en un feretro."

,,Acudieron los amigos y deudos, como tambien la justicia: Azagra tambien, disimulado: todos le dan el pésame y lo consuelan con razones christianas, las que suelen darse en semejantes lances; y así determinaron hacerle las exéquias y darle sepultura, y por su alma mil sufragios. Comenzaron a tañer lamentablemente las campanas, y al otro dia quatro Capitanes llevaban en hombros el cuerpo de Marcilla, porque Teruel entonces era Plaza de armas en la empresa que el Rey Don Jayme queria hacer contra los Moros de Valencia, y habia diez banderas de soldados. Suena el ruido y los lloros de mugeres y de toda la Ciudad por las calles, por la pérdida de Marcilla: llegó la Parroquia de San Pedro con todos sus Eclesiásticos y con los de las demas Parroquias y todos los Religiosos á la casa del difunto. Caminaba la vanguardia, iban los soldados siguiendo en orden de batalla, acompañan con hachas todos los Oficiales al difunto; detras de él los capuces, las gramallas de todos los deudos y amigos: iban de retaguardia las mugeres, cuyos suspiros lastimosos y tristes movian á ternura. Como la casa estaba tan próxima á la de Segura, ésta oyó el lamentoso canto del entierro y los suspiros y lloros desde su retrete, y á una dueña que estaba con ella la dice al descuido: *amiga, si os parece, subiremos á mirar aqueste entierro*; al punto suben á la rexa mas alta, y luego que vió al difunto metido en unas andas se pasmó, cubriendole un sudor el cuerpo; desnudóse de todas sus galas, y se vistió de un mongil de vayeta, y sin peynarse el cabello baxó muy apresurada y afligida á la calle, y se metió en medio de las mugeres."

,,Iba considerando muy lastimada el trágico suceso, y que ella habia sido causa por negar un ósculo á quien hubiera dado por ella dos mil vidas: fulmina contra sí un proceso, haciendose reo, fiscal y juez, fórmase el cargo, sin descargo se halla, pronuncia la sentencia contra sí, diciendo: que merece muerte quien mató al que debe la vida: acepta la sentencia y no la apela: *afuera*, dice, *fama, que mas quiero tenerla de liviana que de ingrata: no viviré yo mas, porque á tu exemplo quiero morir, esposo, que ese nombre mereces tú mejor que el segundo: para mí ni quiero mas bien ni mas mundo: la fe que me tuviste la considero por firme hasta la muerte; y esa quiero con otra igual pagarte, y que la fama nos dé á los dos un exemplo y un sepulcro, y la historia de este amor se inmortalice. Espera, Marcilla, mientras pueda llegar á darte lo que te negué ingrata, y muerte á mí despues, porque si soga y puñal faltan, basta solo el dolor para darme dura muerte. No me detengo un punto, al punto parto contigo, me verás antes de una hora; dicha grande tendré si nuestros cuerpos una losa los cubre pues las almas ardieron de un amor canbido y casto.*"

,,La procesion con el cuerpo llegaron á la Parroquial de San Pedro: estaba en la mitad de la Iglesia un mausoleo todo enlutado, con grandes pedestales, grandes basas, columnas y chapiteles, todo cubierto de muchas hachas y varios despojos de vanderas y estandartes. Meten el

cuerpo sobre un grande túmulo, y empezando el Oficio, Segura muy cubierta se llegó adonde estaba el féretro, y dice con ardentísimos suspiros: *¿Es posible que estando tú muerto, tenga yo vida? No tengas de mi fe duda que pueda vivir un solo punto; perdona mi tardanza, que al instante contigo me tendrás.* Descubrióle la cara, escovijósela, y le dió un beso tan fuerte, que se oyó en toda la Iglesia, y con un *¡ay!* faltóle el aliento en un instante, y la parca puso en sus ojos un sello."

,,Quando el Reverendo Clero el *In exitu* comienza, quieren dar sepultura al muerto; pensando que era deuda ó que era hermana van á apartarla, pero no se mueve: insisten otra vez, y se está firme; y como si fuera losa que cubriera el cuerpo, así estaba inmovil: tercera vez la llaman, y no responde; el manto le descubren de la cara, y ven que era Segura, y que su boca tenia junta con la del muerto y tambien las manos, y está difunta. ¡O, muerte sin respeto! Mirad en lo que paran la gentileza y la hermosura, fuerzas, riquezas é hinchazon; pues un soplo lo acaba todo."

,,Espantarouse todos los del Templo lastimados del caso, no saben á qué fin vino Segura, de liviana la notan; pero Azagra, aunque la pierde, procura quitar toda sospecha, y estancando el dolor, levantó la voz, y en breve á todos contó el funesto caso. Quedaron como absortos sin sentido, sin poder resolver en este lance; mas un viejo pariente de Marcilla, de mucha autoridad, al que tenian sus razones por oráculo, en voz clara dixó: *Supuesto que es verdad cierta que Marcilla y Segura desde niños se tuvieron un entrañable amor, y que en su ausencia larga han pasado los dos una pena y un tormento, y que ambos juntos han padecido un género de muerte, y supuesto tambien que se ligaron los dos con palabra y juramento de esposos primero que Azagra, será razon que se entierren los dos juntos en un sepulcro.* El qual parecer fué aprobado de los dos padres de Marcilla y Segura, del Justicia y Regimiento. Azagra consintió, y así se hizo; y en un sepulcro de alabastro metieron juntos á los dos amantes, los mas firmes y leales, y pusieron en él mil epitafios."

En la copia de esta relacion testificada por dos Notarios, que existe en el mencionado archivo de San Pedro de Teruel, se añade: que se presentó en 15 de Abril de 1619, al tiempo de reconocerse dos caxones que contenian los cuerpos de los dos amantes desde el año 1555, y que descubrieron entonces dos Clerigos de la misma Iglesia que la poseian.

Estas mismas apuntaciones del Archivo de San Pedro dan noticia de las traslaciones que se ha hecho de los cadáveres de los dos amantes célebres. "En 1555 al labrarse una capilla antigua en dicha Iglesia se hallan los cadáveres de Marsilla y Segura, que estaban juntos en un sepulcro y enteros, sin tener nada gastados sus cuerpos; ella tenia todos sus dientes, y al estraerla la sacaron un ojo. » Despues sufrieron otras traslaciones en distintos parages de la Iglesia, y últimamente fueron colocados en el claustro inmediato donde estan los dos juntos puestos en pie en un armario metido dentro de la pared.—"Yo los he visto (dice el Señor Antillon.) En este verano de 1806 hice sacar del armario el esqueleto de Marsilla, le arrimé junto á la pared del claustro, y lo examiné menudamente: este esqueleto se conserva entero y tiene todas las muelas del lado izquierdo, y algunos dientes; el de la mujer está muy estropeado y separado del armazon; Sin duda de resultas del poco cuidado en la escabacion última lo destrozaron miserablemente. Sobre el armario donde los tienen sin ornato ni consideracion ni aun aseo hay la siguiente inscripcion. "*Aqui yacen los dos celebrados amantes de Teruel Don Juan Diego Martinez de Marcilla y Doña Isabel de Segura. Murieron año de 1217 y en el de 1708 se trasladaron en este panteon.*"

El Sr. Antillon prueba con repetidas citas que el suceso de los Amantes de Teruel, estuvo ó desconocido ó poco propagado en Teruel hasta el hallazgo de los cuerpos á mitad del siglo décimo sexto, pues que ninguno de los cronistas anteriores hace mencion de él. La causa principal de su posterior celebridad fué el mismo secretario Juan de Yagüe Salazar, quien en 1616 publicó en Valencia su poema en veinte y seis cantos, intitulado los Amantes de Teruel. A juicio del Sr. Antillon el mismo Yagüe bajo la fe debida, á un notario público forjó la relacion que arriba insertamos, con el objeto de autorizar la tradicion popular y responder á los que la achacaban de fabulosa, pero es casi indudable que el fondo debia estar apoyada por una creencia mas ó menos exactas, sin lo cual no hubiera podido Yagüe hacer tan bien recibido su poema.

Comedias antiguas sobre este asunto.

Los poetas dramáticos no tardaron en aprovecharse de un argumento tan interesante, y ya en el mismo siglo XVII nos ofrece tres comedias distintas que tienen aquel por objeto. El público español en lo general no conoce de ellas mas que la de Montalvan, y aun el mismo Antillon no cita otro tampoco; pero en nuestro entender el primero que presentó este argumento en el teatro fué el maestro Tirso de Molina, cuyo drama hemos leido, y que fué publicado en 1635 por lo menos tres años antes que el de Montalvan. Ni uno ni otro son dignos de la reputacion de ambos autores, y tienen ambos la particularidad de una semejanza tal en el giro del argumento é incidentes, que podria pasar por un completo plagio de parte de uno de los autores. No podemos menos de achacárselo en tal caso á Montalvan, tanto por lo posterior de su fecha, cuanto porque parece que esta desgracia persiguió á Tirso de Molina, el cual en muchas de sus comedias se vió copiado con mas fortuna aunque no con mayor mérito por varios autores.—Moreto reprodujo *La Villana de Vallecas* en *La ocasion hace al ladron.*—Cañizares se apropió la *Antona García* de Tirso; Matos hizo lo mismo con *La eleccion* por la virtud de Tirso, bajo el título de *El hijo de la piedra*, y dió á *El convidado de piedra* una pálida imitacion de la comedia de Tirso *El burlador de Sevilla.*

No es mucho pues que Montalvan se llevase tambien la fama de los Amantes de Teruel, aunque no supo imitar mas que los defectos de la comedia de Tirso.—Este colocó la escena en la época del emperador Cárlos V, haciendo asistir á Marcilla á la conquista de Tunez y la Goleta, y cambió los nombres de los interlocutores llamando á Azagra D. Gonzalo de Aragon, y al padre de Marcilla, Hipólito, describió malamente los caracteres, siguió un plan descabellado y sin gracia, y hasta se olvidó de su riquísima vena poética en diálogos pesadísimos y altisonantes.—Montalvan le siguió en todo esto y aun le sobrepujó en necedades, pudiendo asegurarse que su comedia es una de las peor escritas en español.—Siquiera la de Tirso tiene unas endechas que hacen recordar su bellísimo estilo; la de Montalvan está en la gerga llamada *culta* en aquel tiempo de que puede dar una muestra la celebrada *relacion* del amante delante del Emperador.

Ultimamente el catálogo de Huerta, cita otra comedia de *Suarez* con este título, que no hemos tenido ocasion de ver, pero que no creemos valga mas que las de los dos citados autores. Estaba pues reservado á la época moderna del teatro español, el consagrar á la memoria de los tiernos Amantes de Teruel un drama interesante y magnífico en que quedase sublimemente consignado aquel hecho histórico, y este drama es el que acaba de presentarnos en la escena el jóven *D. Juan Eugenio Hartzembusch.*

LOS AMANTES DE TERUEL,

Drama moderno.

La estension que hemos creido deber dar á las noticias históricas que anteceden no nos permiten entregarnos al análisis detenido del drama que hoy nos ocupa; sin embargo en el estado de adormecimiento en que yace desgraciadamente la Talia española es tan rara la ocasion que se nos presenta para romper el silencio en su elogio; y por otro lado hallamos tan digno de él la interesante produccion del Señor Hartzembuch, que creeríamos faltar á nuestro deber, sino consagráramos algunas lijeras lineas á tributar el debido homenage al talento del autor, y á congratularnos de que la escena española haya al fin dado en el largo periodo de un año esta señal de vida, aunque tardía, interesante sobremanera.

En dramas como el presente, en que á la popularidad del argumento viene felizmente á unirse la que le proporciona su mérito literario, inutil es el detenernos en todos los pormenores de aquel, y suponiendo, como no podemos menos de suponer, que todos nuestros lectores hayan acudido ó acudirán á verle representado, entrarémos desde luego en materia, partiendo de esta mutua inteligencia.

El Señor Hartzembuch ha debido encontrar con graves inconvenientes en la ejecucion de su drama. Luchaba igualmente con las reminiscencias de un Tirso de Molina y de un Montalban; pero delante del genio no hay inconvenientes ni hay ribalidades, y guiado por él ha logrado evitar aquellos y vencer poderosamente á estas. Compárense sino los dramas de Tirso y Montalban con el de Hartzembuch y se verá que en nada exageramos.

La vulgaridad del asunto y su trágico é improbable desenlace eran el mayor escollo para el poeta moderno. Ofreciasele tambien este asunto viciado por las dos plumas ya citadas, las cuales, procediendo á su antojo, habian trocado las fechas, colocando á Marcilla al lado del emperador Cárlos, y suponiéndole hazañas exageradamente fabulosas. El autor procedió pues con filosofía restituyendo el suceso á su época mas posible, y preparando con arreglo á ella el jiro de su argumento.

Este aparecía pobre, y tanto menos interesante cuanto mas esperado su final. El autor con sobra de ingenio y de conocimiento de la escena ha sabido crear incidentes tan naturalmente unidos á la accion principal, que se hace dificil deslindar donde calla la historia para dar su lugar á la rica fantasia del poeta. Los amores de la reina mora de Valencia hácia Marcilla, al paso que contrivuyen á realzar el carácter noble de este y la sublimidad de su pasion, tienen una influencia inmensa en los sucesos posteriores, y sirven á tener en suspenso el ánimo del espectador. No es menos importante la creacion del otro incidente que sirve á formar el carácter de la madre de Doña Isabel. Si esta hubiese dado la mano á Azagra por el solo hecho de haberse cumplido el plazo sin presentarse Marcilla, hubiera hecho lo que un amante comun, y no presentaria el interes dramático que ofrece, viéndola sacrificarse al honor y reputacion de su madre. Muy feliz es últimamente la discreta inteligencia con que está preparado el efecto dramático cuando al sonar el toque de vísperas, término concedido á Marcilla para presentarse en Teruel, se ve á este atado á un árbol en un bosque inmediato y sorprendido por unos ladrones que pretenden robarle sus riquezas y sus esperanzas. La salida de todos estos compromisos en que el autor voluntariamente se pone no es menos ingeniosa y consiguiente, y la accion camina con un interes siempre progresivo á su obligado y triste desenlace.

En este es en donde no podemos menos de reconocer el principal escollo de tal argumento, pues en efecto hay cosas que ni con la autoridad de la historia pueden llegar á hacerse probables, y tal es la repentina muerte de ambos amantes, circunstancia por otro lado tan indispensable, como que constituye la esencia y el carácter de este suceso que se ha tenido siempre por el *non plus ultra* del amor. Sin embargo de esto, parécenos que acaso el autor hubiera procedido acertadamente en suponer en la muerte de Marcilla alguna causa accidental; tal podria ser la aguja envenenada de la reina mora, ó algunas heridas recibidas en los combates ó de manos de los bandidos, cuya causa combinada con su amor hiciese todo su efecto delante de Isabel, casada con su ribal. La muerte de aquella á la vista de la de su amante era mas probable, está mas históricamente consignada y hubiera podido pasar á la vista del público en las exequias de Marcilla al pie de su feretro y al imprimirle el ósculo fatal. Esto á nuestro entender hubiera sido mas interesante, mas sublime, y sobre todo mas histórico.

Los carácteres de todos los personages estan admirablemente delineados. Sublime es la pintura del amor de Marcilla é Isabel y de los estraordinarios combates en que el autor se place en colocarlos: grande y atrevida la creacion del carácter de Margarita: bella y seductora la de la reina de Valencia, noble y gravemente historica la de los padres de los amantes, y por una combinacion feliz de tanto ingenio consigue el autor interesar al auditorio sin hacer odioso á ninguno de los interlocutores, ni aun al mismo Don Rodrigo de Azagra, causa principal de tantos males.

¿Qué diremos de la profundidad de los pensamientos, de la pureza de la elocucion, de la armonia encantadora de los versos? El Señor Hartzembuch se ha colocado en este punto á la altura de los grandes modelos, y en casi todo el drama parece revelar una alma del temple de los Rojas y Calderones. Si hubiéramos de hacer citas en prueba de nuestras aserciones, nos veriamos obligados á copiar casi todo el drama.

No dudamos pues en asegurar que si el autor en vez de seguir el ejemplo de los grandes dramáticos españoles que siempre han preferido ocuparse en fabulas de amor, se hubiera propuesto desenvolver un gran pensamiento moral con todos los inmensos recursos que su imaginacion y su talento le proporcionan, hubiera rivalizado desde el principio con los grandes maestros del siglo actual, y sería para nuestra escena lo que Victor Hugo, Casimiro de la Vigne y Alejandro Dumas en la francesa. Sin embargo todavia no es tarde, y el joven que saliendo de la oscuridad del taller de un artesano se presenta en el mundo literario con los *Amantes de Teruel* por primera prueba de su talento, hace concebir al teatro español la fundada esperanza de futuros dias de gloria, y de verse elevado á la altura que un dia ocupó en la admiracion del mundo civilizado.

MADRID: IMPRENTA DE D. T. JORDAN, EDITOR.

Se suscribe á este periódico en la librería y almacen de papel propio del editor, Puerta del Sol, acera de la Soledad, núm. 7, y en las provincias en todas las Administraciones de Correos, á escepcion de Badajoz, que es en la librería de la viuda de Carrillo.